

	MES.	TRIMESTRE.
En Madrid.....	40 rs.	50 rs.
En provincias.....	12	35
En el extranjero.....	24	70
En las Antillas.....	24	70
En Filipinas.....	24	70
Número suelto, un real.		400

Mientras las atenciones del periódico no lo impidan, se admitirán remisiones y comunicados a precios convencionales, y anuncios a medio real la línea.

EL ECO DE ESPAÑA se publicará todos los días, a excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

# EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

En la Administración y Redacción de este periódico, calle de la Visitación, núm. 8, cuarto segundo de la izquierda.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, o por medio de libranzas del giro postal, o de los correos, y también por letras de exacta realización a favor de la Administración; de esta última manera, o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones en Ultramar.

En París en la Agencia literaria Hispano-Americana, Chaussegat, núm. 18.

El importe de las suscripciones que se envíen por cualquier clase de giro, se supone que se verifique por medio de la certificación como medio de evitar toda clase de extravío.

AÑO I.

MADRID.—Viernes 13 de Mayo de 1870.

NÚM. 79.

## CRONICA PARLAMENTARIA.

El proyecto de ley de organización provincial y municipal que sigue discutiéndose en la Asamblea Constituyente, es ya, digámoslo así, campo espijado después de los discursos que tanto en pró como en contra se han pronunciado; y sin embargo, la sesión de ayer no careció de importancia, pues si los señores Pi y Margall y Lasala (D. Fermín) no pudieron dar novedad al asunto, tuvieron ocasión, el primero de apuntar algunas ideas conformes a su espíritu separatista dentro del sistema federal, y el segundo de lamentar el estado a que ha venido la revolución de Septiembre.

Era natural que el Sr. Pi y Margall abogase, como lo hizo, por la autonomía del municipio y la provincia, y en esto no hacía más que seguir los principios de su partido; pero el diputado catalán clamaba también contra la actual división de provincias, que en su concepto era arbitraria, y pedía la antigua división para que, destruyendo los lazos políticos que las unen, formasen una especie de estados independientes ligados solo por el interés común, a la manera que lo están las diversas naciones de Europa.

Esto, como se vé, difiere bastante del sistema de federación que ha proclamado la generalidad de la minoría republicana del Congreso; es una idea separatista que aun no se había desarrollado en el campo federal; pero en vista de lo últimamente ocurrido entre los republicanos, vamos creyendo que el Sr. Pi y Margall quiere constituirse en jefe de esa nueva secta que la fecundidad revolucionaria ha engendrado a última hora, después de haber engendrado tantas otras. ¿Quién sabe las que aun producirá, si para desgracia del país la revolución contara con algún tiempo más de vida del que cuenta!

Sea de ello lo quiera, aparte de las ideas en el expresado sentido vertidas por el Sr. Pi y Margall, este diputado combatió el proyecto en iguales ó parecidos términos que lo hizo el Sr. Castelar, bien que más brevemente y sin esmaltar su discurso con imágenes poéticas y excursiones históricas, que no forman parte del género de su oratoria.

El Sr. Lasala, que fué quien le contestó, como también a algunos razonamientos del Sr. Silveira, fué también breve en su discurso, y a pesar de no ser de fácil y elocuente palabra, fué escuchado con bastante atención, y era natural; el Sr. Lasala, firme del proyecto tan duramente atacado por la unión liberal, es procedente de las filas de este partido, perteneció a él; y en tal concepto, se halla colocado en una situación especial; así es, que dedicó la mayor parte de su peroración a explicar su conducta para no aparecer en contradicción con sus antecedentes conservadores.

Según el Sr. Lasala, el estado actual del país es deplorable, y sin ser fatalista cree que la fatalidad le ha conducido a él. Pocosismos son en España los que respecto al primer punto no opinan como el diputado unionista: está tan a la vista de todos, que la opinión es unánime, si se exceptúan unos pocos satisfechos que, parodiando en el pensamiento la célebre frase de Luis XIV, toman la prosperidad del país por la suya propia; pero en cuanto al segundo, no sucede lo mismo.

La fatalidad de que hablaba el Sr. Lasala tiene otro nombre: se llama revolución; a ella se deben los grandes males que al país aquejan, y si el Sr. Lasala no se refería al mal estado del país, sino a la infelicidad de la revolución, a su impotencia y a la confusión que reina entre sus discordes elementos, también esa fatalidad tiene otro nombre: la providencia.

El individuo de la comisión acusó al gobierno de haber, no solo preparado la anarquía, sino lo que era peor, de haberla realizado, y en esto no estuvo su señoría justo, porque la anarquía la prepararon muchos antes de que existiera el gobierno, la ambición y la deslealtad, y a realizarla han contribuido cuantos en Septiembre de 1868 y después de Septiembre de 1868 imitaron a aquellos por quienes se escribió lo de *sobre mi tumba se echaron suertes*. En lo que el Sr. Lasala tuvo razón, y hasta cierto espíritu profético, fué al exclamar: «¡Ay de nosotros si no oímos la voz del país!» Efectivamente, también nosotros repetimos, ¡ay de los que no han oído la voz del país!

Suspendido, después de los dos discursos a que hemos hecho referencia, la discusión del proyecto, pasándose al de aranceles notariales, cuyo anuncio dispersó los pocos diputados que había en los bancos. El asunto, en verdad, no es interesante, por cuya razón nos creemos dispensados de ocuparnos de él.

## JUNTA DE RABADANES.

Anoche se reunía, de ser cierto lo anunciaba.

## FOLLETIN.

### UN PARENTESCO FUNESTO.

(Continuación.)

IX.

Al ver al herido, M. Bernel no pudo disimular un gesto, en el cual Valentín leyó una sentencia de muerte. El doctor practicó una sangría, pero sin resultado, y diez minutos después M. Martigné había exhalado su último suspiro.

—Señores, dijo M. Pareto, siento en el alma este resultado, pero me hacedis la justicia de confesar que el duelo se ha llevado a cabo con toda lealtad.

—Ciertoamente, contestó M. Morany afectando sentimiento, mientras que el pobre M. Thibaut daba igual respuesta con un movimiento de cabeza, pues se hallaba demasiado conmovido para poder hablar.

—Posible es que el duelo en sí se haya verificado con lealtad, dijo de repente Valentín fijando su mirada en M. Pareto, pero ha habido condiciones y circunstancias que me parecen extrañas, por no decir más.

—¿Qué queréis decir con eso? preguntó M. Pareto avanzando hacia Valentín.

—Quiero decir, caballero, que a no ser que M. Martigné os haya inferido ofensas muy graves, padrinos razonables jamás han debido consentir en un duelo a florete entre un tirador de primer orden como vos, y un hombre que apenas sabía lo que es una espada.

—Yo era el ofendido, y por tanto tenía la elección de armas. Además, ¿con qué derecho venís a discutir un duelo en el cual no habéis representado papel alguno?

do, la mayoría del Congreso, ó sea los progresistas y los seis satélites del Sr. Martos, que constituyen lo que se llama fracción democrática, en el salón de sesiones del Senado. Sabido es que esta clase de reuniones han tenido siempre por objeto arreglar ciertos desconciertos, acabar con determinadas disensiones y aliviar algunos miedos más que regulares que se habían apoderado de los más resueltos y animosos de la mayoría.

Eran reuniones de familia, y a ellas se iba a poner en claro lo que había en ciertos chismes y cuentos de vecindad que traían desasossegados y en continuos disturbios a los amigos. A veces acontecía que de esas reuniones salían mas disgustados y molinos que al entrar; pero lo regular era que se adelantara algo, y que los padres graves se sobrepusieran a los demás, y muy especialmente a los novicios, y todos salían conformes, ya que no contentos, y el asunto quedaba arreglado.

En la presente ocasión hay una circunstancia muy digna de tenerse en cuenta. Habíase dicho que el objeto verdadero y único de la reunión era ponerse de acuerdo acerca de si habían de seguir llamándose progresistas ó adoptar otra que satisficiera el amor propio del Sr. Martos, ingiriendo su personalidad y dando el nombre de su fracción a uno de los dos grandes partidos constitucionales de España; el nombre de progresistas-democráticos.

Suponer que para semejante niflería había de convocarse a concejo a un considerable número de hombres barbados, era una ridiculez, tanto más mortificante para los progresistas, cuanto que ya en otra ocasión se llevó esa pretensión a la Tertulia, y los progresistas condescendieron con llamarse radicales para dar gusto a los pobremente presuntuosos demócratas; y que el señor Madoz, y con él otros muchos antiguos progresistas, protestaron después contra la abdicación que se había hecho, y reivindicaron el antiguo nombre, abandonando el que les habían impuesto los advenedizos de la democracia.

No: no se reunían para eso, y todos lo sabían; más lo que ignoraban era el verdadero motivo de la reunión: lo que suponían fundadamente era, que se los reunía para un asunto grave. Unos decían que se trataba de preparar las cosas para acometer en breve la cuestión de monarquía; otros que para resolver lo que había de hacerse en vista de la actitud de los unionistas; y por último, no faltaba quien imaginase que allí se exponería con toda franqueza, lisura y sencillez la situación tal como es, en toda su gravedad; en toda la enormidad de sus conflictos; en todo lo imposible de sus soluciones y en todo lo perentorio de su fin. Se hablaba de Espartero, de Prim, de nueva regencia, de dictadura; en una palabra, de cuanto pudiese significar otra cosa que lo actual; algo que presentase nuevos horizontes y nueva vida, porque en cuanto a lo presente no había una siquiera que no estuviese convencido de que muy pronto se lo llevaría la trampa. Allí fueron; y a la hora en que escribimos, no es fácil que sepamos lo que haya podido acordarse, si es que hemos de admitir que haya algún acuerdo posible.

Con esta van tres reuniones magnas; reunión de republicanos, reunión de unionistas y reunión de progresistas; y todo, ¿para qué? para convenir en que no hay remedio para la revolución, en que es imposible coronarla, y en que esto se vá. Parece extraño que para semejante cosa se hayan verificado tales reuniones: eso lo sabe todo el mundo y es ocioso celebrar una gran junta para decir lo que particularmente sabe cada uno de los que la componen. Lo que ha habido, y suponemos que habría también en la reunión de anoche de grave, pavoroso y espeluznante, ha sido y es el misterio en que se envuelven los prohombres de la situación; ese no se sabe qué de mal agüero; esa reserva ceñida de los que pasan por bien enterados en los grandes secretos; esa inquietud general, sin causa bien definida; ese temor de un imprevisto acontecimiento que no se sabe cómo viene ni por dónde viene, pero que se tiene por indudable que viene y que se echa encima; esa an-

—Con el derecho que tiene todo hombre honrado de condenar cuanto no esté conforme con las leyes del honor y de la lealtad.

—¡Caballero!

—Tomado como gustéis; sostengo lo que he dicho: que M. Morany y M. Thibaut no están acostumbrados al triste deber que acaban de cumplir, y que por ignorancia os han dejado todas las ventajas...

—¿Cuáles han sido estas? Os invito a que las citeis.

—Han colocado a mi pobre primo de cara al sol y al viento, y por consiguiente recibía todo el polvo. En fin, los dos floretes que veo aquí (y de que nunca ha debido hacerse uso, pues era fácil hallar espadas de combate) tienen la punta encorvada como los que usan los zurdos, y vos lo sois.

—¿A qué queréis venir a parar con vuestras observaciones? exclamó M. Pareto, cuya fisonomía estaba livida de cólera. ¿Os atreveréis a decir?...

Valentín se acercó a M. Pareto, y mirándole fijamente, le dijo con una voz clara e incisiva:

—Digo, caballero, que acostumbrado como estáis a lances de este género, no deberíais haberos aprovechado de la parcialidad de vuestros padrinos y de la ignorancia de los de vuestro adversario. Digo, en fin, que con semejantes condiciones y para un espadachín como vos, este combate no era un duelo, sino un asesinato.

A esta palabra, pronunciada con voz vibrante, Pareto quiso arrojar sobre Valentín.

Mazarrán dio desdichadamente un paso atrás y cogió uno de los floretes.

—Me mancharía si os pusiese la mano encima, dijo en tono despreciativo; bastante honor os hago con dignarme cruzar el acero con vos.

gustia que los oprime y cuyas causas nadie se atreve a explicar.

En todas esas juntas, en todas las conferencias de ministros con el regente y con personajes de los más comprometidos en la revolución; en todos los discursos, en todos los artículos de periódicos, no se habla más que de salir de la interinidad, de sus peligros y de los medios de salir de ella; cuando se les demuestra la imposibilidad de conseguirlo y cuantas veces quieren aturdirse haciendo ruido y probar a sus adversarios que no les temen y que la revolución saldrá triunfante de todas sus pruebas, dicen que tienen soluciones, que tienen monarca y que pronto dejarán burladas las esperanzas de los reaccionarios y de todos los enemigos de la revolución.

Es decir, que lo que hacen es convenir y aun ser los primeros en proclamar que concluya la interinidad y que la revolución termina con su coronamiento. Muy bien; lo principal en que se conviene, es en que la revolución acaba, que la revolución se vá, que todo se lo lleva quien lo trajo. Esto es lo esencial, esto es lo cierto, esto es lo que se presenta como irremisible: lo demás, lo del coronamiento ya es otra cosa: ya se coronará a la revolución como se pueda, y si no hay quien la corone, ya nos encargaremos nosotros de la ceremonia.

Que se junten, que se junten: hecho nos lo dan y a la mano se nos viene, como todo lo que está de Dios.

Ya empezaban a sentirse los efectos de los abusos que denunciábamos en nuestro número de 27 de Abril referente al Banco hipotecario (*Crédit Foncier d'Espagne*) de D. Antonio Lopez y Lopez.

La prensa francesa, que se ocupa preferentemente de asuntos financieros y comerciales, denuncia esos mismos abusos, y ha dado la voz de alarma a los capitalistas franceses.

No solamente ha supuesto el Sr. Lopez que la Sociedad mercantil era un Banco hipotecario, con privilegio exclusivo, para tener el triste placer de verse desmentido por el gobierno español en pleno parlamento, sino que ha supuesto, faltando a la exactitud, que sus acciones se cotizaban en las Bolsas de Madrid y Barcelona a 103 por 100 y sus obligaciones a 88 por 100.

Y no solamente ha supuesto un hecho notoriamente inexacto, sino que ha pretendido autorizarse para ello, refiriéndose a la cotización oficial, siendo así que las acciones y obligaciones de la sociedad, ni le conocen en el mercado, ni se cotizan en la Bolsa por haberle negado la sindicatura de la misma la facultad de cotizar sus valores, según el mismo Sr. Lopez ha tenido que reconocer en uno de sus comunicados.

Como era de esperar, y nosotros habíamos previsto, la prensa francesa hubo de alarmarse al verse sorprendida con el precio fabuloso a que, según el señor Lopez, se negociaban las acciones y obligaciones de la sociedad, y habiéndose procurado, para salir de dudas, la cotización oficial de las Bolsas de Madrid y Barcelona, se ha encontrado con que las acciones y obligaciones de la sociedad Lopez brillan en la cotización por su ausencia, porque, en efecto, no se cotizan ni al 103, ni siquiera al tres por ciento.

Por eso decíamos en nuestro número de 27 de Abril, que vá a ser de la sociedad del Sr. Lopez el día en que los accionistas se convengan de que se les ha ofrecido lo que no se les puede cumplir, y de que ni el privilegio exclusivo, ni la cotización al ciento tres, han existido nunca más que en la imaginación del señor Lopez?

Vease, en prueba de nuestra prevision y de nuestra imparcialidad, el artículo que ha publicado *Le Marché financier* de París de 19 de Abril:

Relacion al Banco Hipotecario Español que se dice *Crédit Foncier d'Espagne*.

Creíamos que el negocio estaba enterrado, nos decíamos que era imposible que los capitalistas franceses, engañados a menudo por los que presentan malos negocios, no hubieran desconfiado de las especulaciones de los directores franceses y españoles del Banco Hipotecario Español.

Una carta de su excelencia Antonio Lopez y Lopez, inserta en varios periódicos, tiende a persuadirnos que nos habíamos engañado.

El autor de la carta anuncia, en efecto, que su capital está realizado y que varias personas han venido a cambiar sus bellos escudos por el papel de la Socie-

Uno de los padrinos de M. Pareto, que tenía el aspecto de un tuno de su misma especie, quiso interponerse y contestar a Valentín en un tono que justificaba completamente las palabras del joven.

—¡Idos al diablo, le dijo Mazarrán que era estremadamente violento cuando llegaba a salir de la calma burlona que le era habitual. De los cuatro padrinos que veo aquí, vos sois evidentemente el único que tengáis experiencia en estos asuntos.—Así, pues, mis palabras tanto se dirigen a vos como a vuestro amigo, y luego estaré a vuestra disposición, si os acomoda.

—¡Primero conmigo! exclamó Pareto, que estaba ya en guardia; Corbier, a un lado, ó por Dios, que te atraviese.—En guardia, caballero.

Tan luego como cruzó el acero, Valentín recobró toda su sangre fría; pero su mirada implacable indicaba suficientemente la cólera que le animaba. Ambos adversarios eran, con corta diferencia, de igual fuerza, y el combate se prolongó algunos minutos.

Retirándose ante un ataque de Valentín, Pareto, tropezó en una piedra, y Mazarrán levantó el florete y esperó. El otro volvió a ponerse en guardia, y un momento después tropezó de nuevo. Por un movimiento instintivo, Valentín levantó la punta del florete; pero esta vez había sido una estratagemma de Pareto, que se tendió a fondo con una gran rapidez. La parada de Valentín no pudo desviar completamente la punta del florete que le rozó la cadera, pero su estocada alcanzó a Pareto en el vientre bajo.

M. Bernel, que se había visto obligado a quedarse para asistir a este duelo, que en vano había tratado de evitar, se apresuró a reconocer la herida del adversario de Valentín, declarando que, aunque grave, no le parecía mortal.

Si las acciones de la segunda serie del Banco Hipotecario Español han sido suscritas en Francia, como las de la primera lo han sido en España, estamos completamente tranquilos y aseguramos que el dinero francés no corre peligro por esta parte; pero si, por el contrario, han venido a la cartera de este Banco exótico verdaderos suscriptores suscribiendo y pagando; forzoso nos será entonces desilusionar a estas pobres gentes acerca de la buena fe de la empresa a la cual han confiado sus capitales.

Con este fin, vamos a componer la carpeta del Banco Hipotecario Español. Nuestros lectores pueden estar seguros que no aventuramos nada que no podamos justificar con pruebas materiales y documentos irrecusables.

Primera pieza.

Con fecha 3 de Marzo de 1870 el diario oficial del imperio francés publicaba, bajo el título *Anuncios financieros un reclamo pagado* concebido en estos términos:

*Crédit Foncier d'Espagne.*

Hé aquí la cotización oficial de las Bolsas de Madrid y Barcelona del 25 de Febrero último. Se nota que los valores del *Crédit Foncier d'Espagne* de que se ha hecho mención están en alza y muy buscados.

Madrid 25 de Febrero.

Consolidado.

Etc.

Etc.

*Crédit Foncier d'Espagne.*

Acciones, 103.

Obligaciones, 86.

En nuestro último artículo habíamos dicho que, según las noticias recibidas de Madrid, este extracto de la cotización oficial nos parecía sospechoso; por lo tanto, no habiendo querido apoyarnos en esta simple presunción, hemos hecho venir la cotización oficial de Madrid con la fecha 25 de Febrero de 1870. Tenemos a la vista este documento en español y en francés, y podemos asegurar que los títulos del pretendido *Crédit Foncier d'Espagne* brillan en él por su ausencia.

Si los administradores de una sociedad francesa se hicieran culpables de semejante fraude, se apresurarían a enviarnos a un RETIRO FORZADO para meditar acerca de los peligros de dar demasiado vuelo a su imaginación, pero los extranjeros tienen en Francia innumerasidades que hacen el mayor honor a nuestra hospitalidad, que en materia de negocios se lleva desde hace algún tiempo hasta la imprudencia.

Esta consideración nos obliga a redoblar la actividad para advertir al público los peligros que corre. No faltaremos a esta tarea.

LONDRES 8 de Mayo de 1870.

Señor Director de EL ECO DE ESPAÑA.

Muy señor mío: Hace tiempo que deseaba escribirle para exponerle algunas dudas que me asaltaban sobre los sucesos de nuestro país, y hacerle algunas preguntas que supongo se apresurarán a satisfacer los periódicos de la situación.

Primera pregunta. ¿No está el duque en el deber de conciencia de devolver a España los 24.125.000 reales que recibió de más del Tesoro público por asignación de su esposa como heredera presunta a la corona de España desde el nacimiento de la serenísima señora infanta la condesa de Girgenti, hasta 1.º de Octubre de 1868?

Si fuesen ciertas las alabanzas de Santana y demás trompeteros montpensieristas, y aquello de los gemidos y lágrimas que ha vertido en el sagrado del hogar doméstico, en compañía de su esposa y demás sobre las desventuras de España, no la hubiera explotado tan injustificadamente, ó por lo menos se apresuraría a hacer la restitución; pero como yo soy de los que no creen, aunque no niego que haya Orléans desinteresados, me temo que si ustedes no llaman la atención sobre ello y los diputados radicales, consecuentes con sus votos en 1854 a 1856 no lo exigen, el dinero no aparecerá.

Sé muy bien que no es culpa suya ser hijo de su padre, que el que lo heredó no lo hurtó; pero también comprendo la fuerza irresistible que debe ejercer sobre su mente el ejemplo de su papá, cuya economía y honrada administración durante su reinado, le proporcionaron un *comfortable home* en este país y le pusieron a cubierto de las desagradables consecuencias de la confiscación de sus bienes por el gobierno imperial.

Otro, fundado en los votos de las Cortes, pudiera creerse con derecho a esos dineros, pero el que coadyuvó y se adhirió a la revolución que declaró nulo todo lo existente, no puede tener la frescura de considerar legales solo aquellas disposiciones que le lucraban.

—Si, como supongo, dijo a uno de los padrinos de Pareto, el hígado no ha sido interesado, vuestro amigo podrá estar levantado antes de un mes. Hasta entonces hay que cuidar de evitarle todo momento violento y toda emoción, que pueden provocar una crisis.

M. Thibaut mandó enganchar su carruaje, en el que Pareto fué transportado a una fonda de las inmediaciones. Al día siguiente, como se quejase del ruido que había en la fonda, se le condujo a casa de un aldeano que vivía a un cuarto de legua, inmediato a bosque y que alquilaba un cuartito.

Para terminar de una vez con este individuo, diremos desde luego que se restableció en breve, é inmediatamente partió para Hamburgo, después de haber enseñado un porta-monedas muy repleto a uno de sus camaradas a quien dejó estupefacto.

Jamás volvió a saberse de M. Pareto. Como no dejaba en Francia nadie que se interesase por él, su desaparición no fué notada. Su partida coincidió con una corta ausencia de Blyrruch Komul, el Khitmutgar de Morany.

Aunque ligeramente herido Valentín, se vió obligado a guardar cama durante una semana. Morany fué, pues, quien tuvo que cumplir con el cruel deber de anunciar la muerte de M. Martigné a su mujer. Pasaremos en silencio las escenas desoladoras que siguieron al anuncio de esta catástrofe y a la llegada del cadáver. Además del interés que inspiraba el pobre Ernesto, esta nueva desgracia despertaba todas las aprensiones que tantas catástrofes sucesivas habían hecho nacer en aquella familia.

Durante el trayecto de Ville d'Avray a París, M. Morany y M. Thibaut habían referido a Valentín la causa del duelo.

Sin embargo, todo es de temer del que ha conspirado con los ministros honrados y responsables de su hermana para destruirla por actos aconsejados por ellos mismos, y ¿cómo se califica por allá lo que dijo el joven ministro de Ultramar, de que doña Isabel II había perdido su trono por el Acta adicional de 1856, y no tuvo una palabra de acusación contra el señor Ríos Rosas, ministro constitucional que inventó, redactó, aconsejó y ejecutó aquella ineludible elucubración?

Segunda pregunta. ¿La unión liberal es España? Los Sres. Topete, Izquierdo y otros han dicho que España debía coronar al duque por los servicios que prestó a la revolución; claro que dió dinero, y lo ha confirmado el republicano Sr. Paul y Angulo, pero la cuestión es ¿dónde fué a parar? ¿quién lo utilizó?

El Sr. Paul afirmó, y nadie lo ha desmentido, que los paisanos no recibieron cantidad alguna, los gastos de la marina y ejército se pagaron con la mala llamada venta de los cobres de Río-Tinto y por el Tesoro público; luego ¿cómo se repartieron los cuartos?

Tercera pregunta. Admitida la consecuencia política del partido progresista, ¿cómo se combina el fusilamiento del pobre Manuel Gil con la entrada triunfal en la Tertulia del héroe setembrista Córdoba, y sus coquetos con los unionistas en aquellas peregrinaciones a los Campos Elíseos y Fuente Castellana para depositar coronas, cruces y siempre-vivas en el sitio de la ejecución de los sargentos del 21 de Junio y de Alcalá, y del desgraciado Espinosa?

Aquí dos puntos: aunque V. comprenderá que no es fácil que me falten preguntas que hacer con la situación actual de España, que es una duda continuada, en la que cada paso es un tropiezo, cada discurso una blasfemia ó una apostasía y cada hecho un atentado.

Queda de V., señor director, afectísimo amigo que besa su mano.

Uno de nuestros ilustrados corresponsales de París, con fecha 10, nos escribe lo siguiente:

«Sr. Director de EL ECO DE ESPAÑA.

Mi estimado amigo: de propósito no he querido escribir a V. hasta después de votado el plebiscito, cuyo resultado conoce V. por el telégrafo. La inmensa mayoría que ha tenido, no solo aprueba las reformas recientemente hechas, sino que ratifica y consagra las atribuciones que personalmente corresponden al emperador por la Constitución, atribuciones de las que no ha faltado quien quiera despojarle a fuerza de habilidad. Pero Napoleón III sabe lo que hace, y cuando para mejorar la ley fundamental en un sentido liberal ha planteado modificaciones, no era para abdicar todas sus prerrogativas y convertir el imperio en otra cosa, sino para que se reconociera su buen deseo de progreso, para que sus reformas produjeran sus naturales resultados en provecho del mejor gobierno de la Francia, y para que el emperador reparta la gloria que puede caberle por su iniciativa. Haber pensado que iban a llevar a la situación de 1848, y que los partidarios de otra dinastía iban a ser los dueños del país, ha sido una presunción ridícula, y los que la abrigaban, hombres conservadores, según dicen, han dado el espectáculo de pasarse en esta votación al lado de *La Marseilles* y de los más ardientes revolucionarios.

Todo lo que se ha dicho de grandes trastornos es cuando menos muy exagerado. Los paseos, los teatros, el centro de París, ha estado y sigue estando tan concurrido como siempre; porque si bien es cierto que chillan mucho los periódicos rojos y gritan por la noche sus amigos, también es cierto que la autoridad toma solo las medidas precisas para que esos desahogos no produzcan inconvenientes, y la gente honrada ayuda a la autoridad hasta el punto de disolver ella misma los grupos «à coups de pieds dans le... dos». Son palabras testuales de la *Liberté* al contar cómo se deshizo uno de sesenta *gamins*, que recorría el faubourg Saint-Martin.

Aquí, en París, y en todos los grandes centros industriales, hay no pequeña porción de obreros extrañados que inconscientemente contribuyen a una agitación notoriamente perjudicial para sus mismos intereses. Jamás se ha proporcionado más trabajo a los jornaleros que durante el imperio: jamás ha habido una libertad práctica más lata: jamás se ha dado un período más tranquilo y más próspero; de modo que no se concibe siquiera cómo algunos obreros favorecen los trastornos, pues nunca han tenido mejores jornales ni más seguros. A menos que quiera cambiarse completamente la clase en general, convirtiéndose en un momento y por obra y gracia de la revolución en propietarios y capitalistas, no hay razón para que estén descontentos. Así es que los fabricantes...

A pesar de su admiración por Clemencia, M. Martigné había hecho conocimiento con una joven llamada Fanny Guertier, que, entre paréntesis, le costaba mucho dinero. Al entrar en casa de este joven una noche, encontró allí a Pareto. Fanny se apresuró a jurarle por todos los santos del cielo que era la primera vez que veía a aquel hombre, que jamás le había autorizado a visitarla, y que hacía media hora que en vano trataba de librarse de su presencia. Entonces tuvo lugar entre los dos hombres una viva discusión, en que, picado por las burlas de Pareto y por su obstinación, M. Martigné se olvidó hasta el punto de pegarle.

Ya acabamos de ver cuáles fueron las funestas consecuencias de aquella querrela.

Fanny, en cuya casa se presentó Valentín tan luego como pudo salir para adquirir algunos detalles, no hizo más que repetir lo que le había referido M. Morany, añadiendo solo algunos por menores insignificantes relativos a sus relaciones con M. Martigné, pormenores que Ernesto no había querido dar a M. Morany, por motivos de delicadeza.

La joven persistió, no obstante, en asegurar que no conocía a Pareto; que jamás le había dado cita alguna, y que no podía explicarse ni su visita, ni su insistencia en permanecer en su casa contra su voluntad.

—No suponeis, le preguntó Valentín, que ese hombre haya venido a vuestra casa con intención de armar camorra con M. Martigné?

—De seguro lo creo así, contestó Fanny. Siempre parecía burlarse de M. Martigné, y trataba evidentemente de agotar su paciencia, conservando él por su parte toda su sangre fría.

(Se continuará.)



tes, el comercio, todo el mundo reprueba esos extravíos.

Volviendo al plebiscito, su resultado es satisfactorio por muchos conceptos. A pesar de la actitud tomada por M. Thiers y sus amigos: a pesar de la limitación de la prensa: a pesar de los fondos con que han contado los antiplebiscitarios: a pesar de haber apelado a todo género de medios, la mayoría ha llegado a más de siete millones de votos, sin que la minoría alcance, juntos todos los disgustados, incluso los conservadores, más que millón y medio. Y aun en el mismo París, habiendo reunido las oposiciones en las elecciones últimas 229.359 votos, no han podido llegar en esta votación del plebiscito más que a 183.683, lo que demuestra que el imperio ha ganado solo en París 45.671 votos.

Añádease a esto que las votaciones se han verificado con la mayor tranquilidad, sin el más ligero disgusto. Casi todos los votantes de París, después de emitir su sufragio, se han marchado como domingo al campo a pasar el día: las carreras de caballos estuvieron concurrencias en el Bois de Boulogne, y solo por la noche unos cuantos centenares de desocupados se entregaron a desahogos de despecho. En la noche del 9 (ayer), estos desórdenes se graduaron un poco más, y las autoridades colocaron fuerzas en muchos puntos para evitar desórdenes. Es de advertir que ahora esos alborotadores se contentan con parar algún ómnibus y tumbarle, y ya suponen hecha una barricada que, por supuesto, es tomada y desecha por los primeros cuatro soldados que la ven. Anoche hubo varios conatos de eso, y entre los pocos que lo hacen, uno tuvo la desgracia de caer debajo del ómnibus y murió en el acto. Las tropas desplegadas se conservaron en sus posiciones hasta la madrugada, y luego quedó todo tranquilo. Veremos si esta noche se reproduce el desorden, que podría corregirse inmediatamente si el gobierno no tuviera la decisión de ser todo lo blando posible. Sin embargo, hasta los periódicos más imparciales le aconsejan ya otra resolución. Hoy, dice el *Gauleis*, al reseñar los sucesos de ayer, que los miserables que todavía una vez más turben el orden, no merecen piedad: que los revoltosos se componen de lo peor de la población, y no puede admitirse que el comercio de París y la paz de toda la Francia sean más largo tiempo e impunemente turbados por semejantes perdidos. Termina diciendo que los empleados de seguridad pública deben acabar prontamente a balazos tales acontecimientos.

Hoy presentará el ministro su dimisión. Parece cosa segura que el emperador confiará su reorganización a M. Ollivier. Algunos de sus actuales colegas continuarán a su lado; pero habrá variación en otros, y aun se añade que acaso el ministro de la Guerra, que contaba con casi unanimidad en la votación del ejército, dejará su puesto, entre otras cosas, porque los votos contrarios al plebiscito entre los soldados, han llegado a 40.000. Este síntoma en la votación preocupa un poco, a pesar de que ha habido más de 235.000 votos favorables, pero no inquieta: en los plebiscitos anteriores también llegaron a 38.000 los votos negativos. Si bien parece cosa segura que muchos de esos votos no se han dado contra la persona del emperador, sino contra lo que tienen de liberales las medidas que dan motivo al plebiscito.

De todos modos, el nuevo ministerio que se forme tendrá que marchar como ya anunció M. Ollivier en su exposición al emperador al darle cuenta del complot que ahora se persigue, estableciendo una represión severa, puesto que con la dulzura no se ha conseguido gran cosa, como lo demuestra el complotismo y la insistencia con que una minoría turbulenta trata de sostener la intranquilidad en el público.

A propósito del complot, por más que se pretenda por algunos personeros ponerle en caricatura, es lo cierto que se trataba de un asunto grave y muy meditado. V. recordará que ya, cuando el entierro de Víctor Noir, se pensó en hacer un movimiento revolucionario, y que Florens apostrofó fuertemente a su amigo Rochefort porque no quiso aventurar aquella jornada, y se separó de *La Marseillaise*. Después el mismo Florens ha continuado trabajando para que el movimiento se realice, y como la simultaneidad de la revolución, con un atentado a la vida del emperador, introduciría gran perturbación y daría gran ventaja al movimiento, se maduraba este plan como el más a propósito para conseguir el objeto. Los procedimientos continuaban con actividad, y no tardaríamos mucho en tener todos los pormenores necesarios a formar un juicio exacto del hecho.

Parece que ese desdichado país está condenado a no salir de su sistema de perdición. Ni rey, ni orden, ni hacienda, ni administración. Un desconcierto que no se sabe por qué dura, y unas contradicciones que asombran. El ministro de Hacienda continúa con sus empréstitas a conseros tapados, y lo peor de todo es, que, a pesar del censurable sigilo que se guarda en las operaciones del Sr. Figuerola, la nación no ve resultado alguno favorable de su gestión económica.

La operación de los bonos del Tesoro debe ser de lo más ruinosa que jamás se haya hecho. Clamen ustedes por que se eviten esos ejemplos de utilidades fabulosas, que no se conocen en otra nación que en España, y que son la estupefacción de los hombres de negocios que se meten en el bolsillo las utilidades que pueden, y sin embargo, ponen al ministro que se las proporciona de oro y azul. No quiero indicar a V. las suposiciones que se hacen, porque ni aun sus enemigos, tales son ellas, se atreven a creerlas. Pero como muestra nada más de lo que se dice, ahí va un párrafo de un periódico español financiero que se publica en esta capital, relativo a las citadas operaciones de bonos del Tesoro:

«El Banco de París es el que las dirige. Si la caja de descuentos ó la sociedad general tienen participación, es un obsequio que le hace este único agente del gobierno español. Dicen que tomó a 24 1/2 el saldo de exterior de los 1.000 millones, quedándose con el importe de los cupones de Junio y Diciembre, y que en la operación de bonos solo entregó 100 por 100, obligándose a otras desembolsos sino a medida que el Sr. Figuerola vaya desamortizando y depositando los pagarés de los compradores. Si esto es así, ¿qué tiene de particular que el Banco de París distribuya a sus accionistas tan pingües dividendos? 400 francos por acción en el año y 225 a la reserva, representan la parvedad de 25 por 100. Eso ha salido de la exhausta y esquilmada España; sin mencionar las comisiones de intermediarios y manos muertas que no aparecen.»

¿Qué tal? El 25 por 100 en un país en el que el dinero se coloca a 3 ó 3 1/2. Esto no necesita comentarios. Nada nuevo respecto a política exterior. El asesinato de ingleses en Grecia ha sublevado un poco la opinión en Londres; pero a consecuencia, sin duda, de reiteradas explicaciones del gobierno helénico, parece que la cuestión va perdiendo algo de su actitud. De V. muy afectísimo amigo Q. B. S. M.

El mariscal Concha ha obtenido licencia para ir a Logroño.

Damos este aviso nuevamente a los esparteristas, porque se dice que el marqués de la Habana va a intrigar en la cuestión de monarca, aconsejando al duque de la Victoria la solución por la que él tiene más simpatías.

Que se acuerden los progresistas de 1841. Es-

partero había hecho toda su carrera a Concha, y éste se condujo como es público.

Que se acuerde la nación entera de la reina Isabel. No ha habido género de obsequios, ascensos y consideraciones que la reina no dispensara a Concha; y la conducta de éste en los últimos momentos fué... la que todo el mundo sabe.

¡Qué vida tan desesperada debe llevar quien así obra y así se conduce!

Verse solo, abandonado, censurado por amigos y contrarios.

Ayer nos hacíamos cargo de lo que el día anterior decía *La Política* respecto a los encargos que aseguraba haber traído el Sr. Olózaga y opiniones que había expuesto en el Consejo de ministros. Digamos ser absolutamente inexacto cuanto aseguraba *La Política*, y para decirlo teníamos exactísimos informes e incontestables razones. No esperábamos que otro periódico montpensierista viniese a confirmar lo que en el mismo día consignábamos para confusión y desencanto de los amigos de Montpensier; más *El País* ha sido tan amable que, a pesar de sus empeños montpensieristas, ha tenido a bien estampar el párrafo siguiente:

«Parece que el Sr. Rivero ha telegrafiado a nuestro embajador en París, a fin de que desmienta la versión que *La Política* ha publicado acerca del objeto de su viaje, versión en que se le atribuyen propósitos montpensieristas. Creemos, a juzgar por los resultados, que el Sr. Olózaga debe ser ardiente partidario del ilustre general Espartero, y que es inútil la amistosa oficiosidad del ministro de la Gobernación.»

Consuélese *La Política*; modera el sentimiento que le había causado verse obligado a privar a sus colegas moderados, republicanos y cimbrios de las dos dignísimas canteras de artículos y sueltos que estaban explotando hace algunos días, de resultados de la venida a España del Sr. Olózaga y otros diplomáticos.

Ya ve lo que dice *El País*, y debe de estar tan bien enterado, cuando menos, como pudiera estarlo el que le dio aquellas famosas seguridades de que nos hablaba.

Suponemos que, en vista del párrafo, *La Política* se apresurará a telegrafiar a sus amigos de París, que la rectificación que haga el Sr. Olózaga es completamente inexacta.

Algunos catedráticos excedentes de las clínicas de la facultad de Medicina y de la facultad de Ciencias han recurrido hace tiempo al *Supremo Tribunal de Justicia*, pidiendo se respeten los derechos que les correspondan, y protestando de la conducta con ellos seguida por el ministerio de Fomento. Dicho Tribunal ha pedido a éste hasta por cuarta vez los expedientes de dichos catedráticos, sin que hasta ahora haya logrado lo verificado del modo debido.

Esta falta de atención es injusto proceder revela, que no solo se atenta atropelladamente contra derechos respetables, sino que además de no haber escuchado a los perjudicados profesores, como debía haberse hecho, y de los cuales no hay queja alguna respecto al ejercicio de la enseñanza, se quieren cerrar las puertas a las justas reclamaciones.

Bien es verdad, que no sabemos qué expedientes habrán de remitir, pues que no se les ha formado debidamente en contra de lo que marca la ley; pero al menos, debería responderse sobre el estado en que se encontrase este asunto.

Tal proceder, no solo es censurable, sino que es merecedor de la debida responsabilidad.

Se nos ha asegurado que en una casa de esta capital, donde acostumbraban reunirse los partidarios más decididos del duque de Montpensier, se recibieron con gran júbilo y algazara los primeros despachos telegráficos en que se daba cuenta del resultado de la votación del plebiscito en París. Burdeos y alguna otra ciudad importante del vecino imperio. Como estos primeros despachos, considerados aisladamente, no eran favorables al emperador, los montpensieristas se entusiasmaron y hubo bruidos y plácemes por la caída de Napoleón III y la próxima exaltación del nieto de Felipe Igualdad. Juzguen nuestros lectores cuán mohinos y cariacontecidos habrán quedado los héroes de la fiesta al ver el número de sufragios favorables que ha alcanzado el plebiscito: cuentan que uno de los concurrentes, poeta laureado por más señas, no pudo menos de exclamar:

Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar en la mar  
que es el morir;  
Allá van los señores  
derechos a se acabar  
é consumir.

Parece que el egriego duque de Montpensier debe llegar el domingo a esta capital. El mobiliario de su casa se asegura que llegó ayer en el ferrocarril del Mediodía.

Se nos figura que ni el uno ni el otro permanecerán en Madrid muchos meses. Su salida de esta capital y aun de España, será vista con júbilo por todo buen español, cualquiera que sea su color político; pues la deslealtad, la ingratitud y la perfidia no son patrimonio en España, por fortuna, sino de pocos y conocidos ambiciosos.

Leemos en *El País*:  
«Al correr anoche la noticia de que D. Juan Prim se había despedido aceptando la solución del ex director de la Península, un anciano militar que lo oyó en el salón de conferencias, y que tiene su residencia habitual en Logroño, exclamó con Zorrilla, (el poeta):

«Wamba es más grande que la gloria humana  
y prefiere a ser rey, ser caballero.»

Y en efecto, como es muy posible que el invicto vencedor de Luchana opina como el rey loco, dudamos mucho que el marqués de los Castillejos se exponga a que le vuelva a pasar cosa parecida a la que le ocurrió con el niño genovés.

Alguna vez hemos de estar conformes con nuestro colega.

Ni la candidatura del duque de la Victoria se toma en serio, sino por unos pocos progresistas, ni el conde de Reus la acepta sino a regañadientes, y en la seguridad de que no enajenará, ni el general Espartero consentirá en marchar, cerca ya del sepulcro, su historia política, faltando a los juramentos que hizo repetidas veces a la dinastía legítima, y sirviendo de comparsa en una

mala comedia, donde hace de protagonista el general Prim.

Al concluir satisfechos porque creíamos estar de acuerdo con *El País* en este punto, nuestro contento acaba de convertirse en pena, porque ahora recordamos que todo esto lo dice el órgano del Sr. Topete para dejar a su ídolo Montpensier desembarazado el camino del trono, cuando nosotros opinamos con el país (no periódico) que le que ha de faltar dentro de poco al leal duque es tierra para correr.

Cuando todos creíamos que a los vencedores de Setiembre no les faltaba ya más que la bicoca de buscar un rey, se desvelaba anoche *La Revolución*, órgano de los cimbrios, con un artículo, que lleva por epígrafe *Lo que queda por hacer*, en el cual se dice lo siguiente:

«Por eso a la interinidad actual le queda por hacer todavía una gran obra: tiene que ir asimilando los principios fundamentales planteados y las leyes orgánicas discutidas; tiene que hacer práctica efectiva, práctica, digámoslo así, la democracia; tiene que hacer costumbre el derecho, hábito la justicia, cosa corriente la libertad; tiene que hacer delicada la conciencia política, animado el espíritu del país y dueña gradualmente de su pensamiento, de su propiedad, de sus aspiraciones, de su actividad, de sus poderes, de su destino: tiene que dar condiciones legales a la extensión de su riqueza, medios jurídicos a la universalidad de sus relaciones de vida, amplitud y ancho cauce a todas sus fuerzas, sin exclusión ni mutilación de las unas en provecho ó detrimento de las otras; en una palabra, tiene que redimir por entero a este país, tan atreído durante siglos y tan encadenado a los dogmatismos de clase, de posición y de privilegio.

Para ello, la organización transitoria de la interinidad política en que nos hallamos, es de capitalísima importancia, y ciertamente que algún pensamiento serio debe agitar la mente de nuestros hombres públicos, cuando tanto en el gobierno como en el seno de la mayoría radical de la Cámara, este pensamiento es el que promueve sus reuniones, el que excita a una reconstitución de partido, y el que dará en último término por resultado, esta obra fecunda, a la que no es posible resistir y de la que es al fin y al cabo ineludible, al par que sencillo dejarse llevar, como el corolario actual del hecho revolucionario que nos inunda.»

Pues es un grano de anís. Si la revolución no se ha de consolidar hasta que se termine esta obra magna, ya nos podemos echar a dormir los españoles.

Pero ya se contentarán los cimbrios con dos pesetas.

Hé aquí la exposición que el episcopado español, residente en Roma, dirige a los diputados constituyentes, con motivo de los proyectos que sobre materias eclesiásticas ha presentado a las Cortes el Sr. Montero Ríos:

Dice así:  
«Señores diputados: Los obispos españoles que suscriben, residentes en Roma con motivo de la celebración del Concilio ecuménico Vaticano, han leído con profunda pena los proyectos que sobre materias eclesiásticas ha presentado a las Cortes el señor ministro de Gracia y Justicia en 22 de Marzo último.

Proponiéndose en ellos medidas las más graves contra los derechos esenciales de la Iglesia, contra la disciplina vigente en la de España y contra el Concordato de 1851 y convenios de 1859 y 1867, sin contar antes para estas innovaciones con la indispensable intervención de aquella a quien tantos y tan ruidos ataques en los mismos se dirigen; en cumplimiento de los deberes ineludibles que les impone su divino ministerio, con santa libertad apostólica, aunque con los miramientos y respetos debidos a los altos poderes del Estado, no pueden menos de reclamar, como lo hacen, contra su objeto y contra los medios que se proponen para su consecución.

Salvando la intención de su autor, no puede dudarse que la tendencia de los proyectos no es otra que la destrucción y ruina de la Iglesia católica, apostólica, romana en España, como si esto fuera dable en una nación que casi unánimemente la profesa desde los tiempos más remotos, y que institutivamente rechaza todo otro culto contrario al suyo, único verdadero.

Los medios que al efecto se proyectan (aunque reconociéndola de paso ciertas libertades que de todos modos por su origen divino la corresponden), son la conculcación de los derechos conferidos a la misma por su fundador Jesucristo; la destrucción de su independencia, haciéndola esclava del Estado, que intenta modificar su organización y disciplina, con la misma facilidad con que se varían las formas políticas en las sociedades modernas; la derogación de los pactos solemnes que establecen las relaciones entre la Iglesia y el Estado, en la parte favorable a aquella, mientras que se pretende la subsistencia de la beneficencia a éste; y otros no menos anticatólicos, que fuera prolijo enumerar.

Por tanto, los prelados que suscriben, reclamando de las Cortes justicia, y nada más que justicia, esperan que los señores diputados, reconociéndose incompetentes, desestimarán los invasores proyectos del señor ministro.

Y si por desgracia quedasen defraudadas sus legítimas aspiraciones, y tan injustos y violentos proyectos llegasen a ser aceptados por la Asamblea Constituyente, desde ahora para entonces protestan, con toda la eficacia que sean capaces, contra la exorbitante invasión, manifiesto atropello é injusto violento ataque que en los mismos entrañan, en perjuicio de la única religión verdadera, que es la de la generalidad de los españoles, en, o bienestar y felicidad espiritual la Providencia les ha confiado.

Roma 27 de Abril de 1870.—Luis, cardenal de la Lastra y Cuesta, arzobispo de Sevilla.—Juan Ignacio, cardenal Moreno, arzobispo de Valladolid.—Tomás, patriarca de las Indias.—Fray Manuel, arzobispo de Zaragoza.—Mariano, arzobispo de Valencia.—Bienvenido, arzobispo de Tarragona.—Anastasio, arzobispo de Burgos.—Pedro Cirilo, obispo de Pamplona.—Francisco, obispo de Cartagena.—José, obispo de Lugo.—Cosme, obispo de Tarazona.—Antolín, obispo de Jaén.—Fray Fernando, obispo de Avila.—Francisco de Paula, obispo de Sigüenza.—Bernardo, obispo de Zamora.—José, obispo de Urgel.—José, obispo de Santander.—Fernando, obispo de Badajoz.—Pedro María, obispo de Orihuela.—Miguel, obispo de Cuenca.—Fray Joaquín, obispo de Salamanca, administrador apostólico de Ciudad-Rodrigo.—Fernando, obispo de Astorga.—Benito, obispo de Tortosa.—Francisco de Sales, obispo de Archid, auxiliar de Toledo.—Pantaleón, obispo de Barcelona.—Constantino, obispo de Gerona.—Ramon, obispo de Tuy.—Mateo, obispo de Menorca.—Esteban José, obispo de Málaga.—Sebastián, obispo de Calahorra y la Calzada.—Juan, obispo de Valencia.—Antonio Luis, obispo de Vich.—Mariano, obispo de Gualix y Baza.—José, obispo de Orense.—Benito, obispo de Oviedo.—José María, obispo de Canarias.—T., obispo de Coria.»

*La Política* ha perdido ya su vis cómica para ser presa del delirium tremens.

La candidatura del Orleans se la lleva la trampa.

El Alcolea de los hombres de corazón no fué otra cosa que una broma sangrienta, de que ahora se ríen demócratas y progresistas.

Los sacrificios anteriores a ella, estériles.

Las promesas del general Prim, falsas.

Diez y nueve meses de intrigar en las tinieblas, y esperar inútilmente.

En verdad que hay motivos para desesperarse, para amenazar con tirar de la manta y contar toda la verdad, y si esto no basta, volver a repasar el famoso puente, y dar allí nuevamente la batalla al noble y popular grito de ¡viva Cain III! Oigamos, oigamos al colega, que si está chispeante cuando habla con su natural gracejo, no esta menos sublime cuando empuña la trompa épica y llama a las armas a sus huestes.

¡Ah unionistas taimados!

Arrojais la piel de cordero para poder dar mejor el salto del tigre, pero ¡no veis, inocentes, que apenas teneis garra!

Os las habeis dejado cortar por el general Prim, y Martos el cimbrio se ha encargado de limar los dientes para que no podáis morder.

Vuestro furor y vuestras amenazas solo causan risa, aun a esas huestes abigarradas y casi dispersas, que teneis enfrente.

Os habeis anulado, porque la soberbia, la ambición y la ingratitude son malos consejeros.

Es en vano que rujais de furor.

La hora de la expiación ha sonado para vosotros, é inútil es que queráis oponeros a los justos decretos de la Providencia.

Oigamos y compadecemos al órgano picaresco de los unionistas:

«Limitémonos a hablar, para demostrarlo, de la candidatura del duque de Montpensier; pues la del duque de la Victoria es y ha sido siempre en nuestro concepto para conversación, hija del noble entusiasmo de algunos progresistas y de la habilidosa emulación de otros, como ya expondremos en su día.

El ministerio actual ha declarado que todo él es adversario de la candidatura del duque de Montpensier, excepto el general Prim; que es neutral. Añadamos que sea también neutral algún otro ministro. Siempre resulta que la mayoría del gabinete y su parte dominante, su parte política, la que determina su color y significación, los ministros cimbrios en una palabra, son enemigos de dicha candidatura, y que lo han dicho y consentido. Pues bien; este sería el ministerio que se presentaría a la reunión montpensierista, preguntándole si le parecía bueno para rey el príncipe de Orleans. ¿Puede darse mayor ironía? ¿No es esto llevar a sabiendas a la muerte la única candidatura que hace sombra a la interinidad? ¿Se concibe que en una cuestión tan grande sea indiferente el presidente del Consejo? ¿Se concibe que una mayoría que ve prevalecer la política de los enemigos del duque de Montpensier en los Cons. jos del regente, no entienda que al hacerle la pregunta, el gobierno, así constituido, le recomienda diga que no?

El gabinete que presenta una candidatura para rey debe creerla buena, y defenderla, y recomendarla, y correr las eventualidades de la cuestión. Así se hizo con la candidatura del duque de Génova, cuya derrota costó la cartera a los Sres. Ruiz Zorrilla y Martos. Para algo se es gobierno. Los ministros no son ministros para dejar de darse el trabajo de tener opinión ó para proponer a las Cortes lo contrario de lo que opinan. Solo un ministerio unánimemente conforme con la candidatura del duque de Montpensier tiene el derecho, la autoridad, la facultad moral de presentar su candidatura. ¡Lo contrario sería indigno, sería pérfido!

No creemos nosotros que se haga; pero, sin embargo, nos permitiremos decir a todos los señores diputados, partidarios de esa candidatura, cómo procederíamos nosotros, en el caso, poco probable a nuestro juicio, de que el ministerio fuese instrumento incoherente de la misteriosa causa que perpetúa la interinidad, y tal abuso político se llevase a término.

Empezaríamos por no asustarnos de su anuncio, que bien puede ser un ardid inventado por los agentes de esa causa para obligar por el terror a los unionistas a consagrar la interinidad, dando las atribuciones a la regencia, en evitación de esa emboscada, en que resultaría muerta de mala manera la candidatura del duque de Montpensier. Pero si la emboscada tuviese lugar y el gabinete progresista-cimbrio, cuya mayoría es declaradamente contraria a este ilustre príncipe, lo entregase a las iras del Sr. Martos ó del Sr. Borghuella, nosotros levantaríamos la bandera de nuestro candidato, lucharíamos en su defensa, diríamos toda la verdad en voz tan alta que penetrase en la conciencia de todos los monárquicos revolucionarios de buena fe y en todos los ámbitos de la nación española, y si llegaba a sucumbir, a pesar de eso, la única candidatura que cierra el paso a la restauración y a la anarquía, sucumbiríamos con ella noblemente, dejando a los sucesos el castigo de nuestros adversarios y a la severa historia el hacer justicia a nuestras intenciones.

¡Aun os atrevéis a hablar de la justicia de vuestras intenciones!

A ellas las ha juzgado hace tiempo la opinión, y la historia, a quien en vano apelais, consagraré para vosotros una página regada con lágrimas y escrita con cieno.

Anoche tuvo lugar en el elegante teatro del Principe una función a beneficio de los pobres de la parroquia de San Sebastián, poniéndose en escena la comedia titulada *La sexta parte del mundo*, y terminando con la chistosa pieza *Receta contra las suegras*, las cuales fueron bien interpretadas por todos los actores.

Al final de la comedia fueron arrojados a la escena multitud de ramos y coronas.

Todas las localidades se veían ocupadas por cuanto de notable, bello y aristocrático encierra la ex-coronada villa.

Creemos ser intérpretes en esta ocasión de los sentimientos de gratitud de los necesitados que van a ser socorridos, enviando nuestro sincero parabien, por el resultado obtenido anoche, a la ilustre y distinguida condesa de Montijo, autora de tan benéfica obra.

Anoche se verificó el enlace de la bella y simpática Srta. doña Carolina de Santamarca, hija de los condes de Santamarca, con el Sr. D. Juan de Zavala, conde de Paredes de Nava.

Deseamos a los recién casados toda clase de felicidades.

*La Iberia*, tratando de defender la conducta observada en Abril de 1865 por el general Prim, el Sr. Ríos Rosas y algunos otros, con motivo de

los sucesos de la noche del 10, dice, entre otras cosas, lo siguiente:

«El periódico moderado está en un error. Ni el señor Ríos Rosas, ni el general Prim protestaron contra la organización del benemérito cuerpo de la guardia civil, cuyos brillantes servicios han sido siempre por todo el mundo reconocidos.»

El Sr. Ríos Rosas, como el general Prim, como todos los españoles sensatos, que no podían, sin mengua de su decoro, autorizar con su silencio los crueles desmanes de tan sangrienta jornada, anatematizaron, como era justo, a los ciegos instrumentos de la tiranía de Gonzalez Brabo.

No se trata de que hayan protestado contra la organización de la guardia civil, sino de que llamaran miserables instrumentos a los guardias civiles organizados y con los de Madrid a todos los de España.

Que el Sr. Ríos Rosas y Prim no pudiesen autorizar sin mengua de su decoro lo que *La Iberia* llama crueles desmanes de aquella noche, se habría comprendido que se dijese hasta que el general Prim firmaba aquella orden feroz de no dar cuartel en la primavera del año último; y desde que el general y el señor Ríos Rosas se callaron como unos muertos cuando supieron los fusilamientos de Montelegre, el bombardeo de Gracia y las descargas de Sevilla, de reciente fecha, con otras no menores atrocidades.

No saque *La Iberia* historias, porque saldrá mal, y mucho más si las historias son tan verdicas como la de la tan cacareada noche de San Daniel, que queda muy detrás de otras noches progresistas.

Escribimos a continuación algunos apuntes biográfico-políticos de un joven aprovechado:

«El diputado por la provincia de Castellón, D. José Gimeno Agius, ha sido nombrado intendente de Filipinas con 15.000 pesos. Sirvió a la administración de Gonzalez Brabo hasta el 29 de Setiembre de 1863.

Estaba en la secretaría de la junta de estadística con 12.000 rs.

Nombrado el gobierno provisional, lo llamó el señor Figuerola y lo nombró su secretario particular. Inmediatamente ascendió a jefe de negociado del ministerio de Hacienda, con 24.000 rs.

Vinieron las elecciones de diputados, y para conseguir el triunfo de su candidatura, repartió a manos llenas las credenciales, puesto que el ministro, preocupado con la cuestión financiera, no se ocupaba del personal.

Saló diputado, y a los pocos meses pasó a la secretaría de Ultramar de oficial de la clase de primeros con 35.000 rs., renunciando la diputación, pero procurando su reelección, prometiendo al cuerpo electoral resolver el proyecto de canalización del Ebro.

No ha prestado servicios a la libertad jamás, y cuando en Murviello mataron al democrata Brú, no quiso suscribirse con cantidad alguna para ofrecer alivio a su desgraciada familia.

Ultimamente ha conseguido el nombramiento de su hermano D. Tarsilo, que de comerciante en gran en la ciudad de Segorbe, y sin haber servido nunca en la administración pública, el Sr. Rivero lo ha nombrado auxiliar en Gobernación.

Tales noticias, que debemos a un periódico republicano, nos prueban que el flamante intendente es digno y desinteresado discípulo de la revolución de Setiembre.

Dice un periódico:

«Para en el caso de que la situación política, como muchos temen, continúe como se halla, y atravesemos con ella los soles caniculares, anunciase que se publicará un folleto, inspirado por conocidos hombres políticos, pidiendo para el mes de Octubre que el país, por medio de un plebiscito, signifique su voluntad y la manera de salir del atolladero en que nos vemos.»

Casi estábamos tentados por adherirnos también a la idea del plebiscito, y propondríamos, en caso de que fuese la monarquía lo que se votase, al Sr. Madoz para príncipe de Asturias, prohibiendo que haría sin dificultad el general Espartero, aunque solo fuese en agradecimiento del desinteresado celo con que el ex-director de *La Península* trabaja por el triunfo de la candidatura del duque de la Victoria; y en el supuesto de que fuera la república lo que se pusiese a votación, propondríamos al autorizado y consecuente general Córdova para presidente de la misma.

Cuando los Sres. Castelar, Salmeron y algun otro fueron separados de sus cátedras en 1865, la prensa progresista y unionista ponía el grito en el cielo por esta medida que calificaba de altamente arbitraria, puesto que no se había formado el expediente que previene la ley de instrucción pública. Hoy, el consecuente liberal ministro de Fomento, declara ahora cesantes de una pluma, ó por motivos infinitamente más leves, a unos profesores que desempeñaban sus destinos por rigurosa oposición.

Esta es la lógica de los liberales que chupan. En verdad, que no debíamos esperar otra cosa del Sr. Echegaray.

El pueblo se muere de hambre; los constituyentes no pueden con los impuestos, pero los catones de la revolución siguen comiendo a dos carrillos. Se nos ocurre esta lógica reflexión a la vista de la siguiente noticia que da *La Correspondencia* de anoche:

«El 14 dará un banquete el general Prim, al que se hallan invitados los ministros, varios individuos del cuerpo diplomático y algunos otros hombres importantes en la política y el ejército.»

Dice que el Sr. Montero Ríos proyecta una nueva reforma de la secretaría del ministerio de Gracia y Justicia, introduciendo algunas modificaciones en la actual plantilla.

No sabemos cuántas reformas se han hecho ya en ese departamento y en las secretarías de los demás ministerios. El asunto es producir algunos cambios y algunas vacantes, pero siempre con perjuicio del Tesoro, y con objeto de colocar a algunos ahijados.

Parece que el ministro de Hacienda ha celebrado con el representante del banquero Rostchil, Sr. Bauer, varias conferencias que tienen por objeto la enajenación de las minas de Almadén.

Veremos si este negocio es otro de los muchos que se hacen sin licitación y previa subasta pública.

El Sr. Solís, ayudante del señor duque de Montpensier, ha remitido a *Las Novedades*, y este periódico inserta hoy en sus columnas, la siguiente rectificación, enviada antes a *El Imparcial*:



SEVILLA 10 de Mayo de 1870.

Señor Director de El Imparcial:

Muy señor mío: En los números 1033 y 1058 de su periódico, publicados el día 3 y 8 del actual, afirma V. que S. A. el duque de Montpensier no ha sido admitido como socio, ni el Casino sevillano, ni el Círculo de labradores de esta ciudad: como para ello era preciso que dicho señor hubiese pedido el serlo ó al menos que dicho señor hubiese hecho, no habiéndolo pretendido, comprenderá V. que no ha podido recibir esa negativa tan repetida en las columnas de su periódico; y aunque están Vds. autorizados para afirmarlo, yo tendría curiosidad en saber qué puede suscribir dicha autorización, para decirle está mal informado y probárselo.

Ya que se ha ocupado V. de este asunto, espero tendrá V. la bondad de insertar esta carta para poner los sucesos en su verdadero lugar.

De V. S. S. Q. B. S. M.—Felipe de Solís.

Nos parece cosa muy impropia de un pretendiente a rey andar con esa clase de comunicados que, después de todo, en nada desmienten los repetidos desaires que ha recibido el duque de Montpensier, pues que sea él, ó amigos sinceros u oficiosos los que solicitaron su ingreso en aquellas sociedades, es indudable que los hechos han ocurrido y que han ocurrido en la forma que los han referido nuestros corresponsales de Sevilla.

Un diario carlista asegura que los generales Lersundi y San Roman están dispuestos a cumplir las órdenes del gobierno en vista de las crecientes dificultades que encuentran para la restauración.

Se nos figura que el colega asegura lo que no sabe.

Dice un periódico que el Sr. Fernandez de los Rios no ha ocultado a nadie que considera imposible el entronizamiento en España de cualquiera de los tres príncipes que componen la familia real portuguesa.

La cuestión de imponer mayor gravamen a las rentas sigue a la orden del día.

El Sr. García en su voto particular pide el 16 por 100.

El Sr. Capdepon el 25.

Hay una enmienda conciliadora, que propone el 10, y que suscriben diputados de todas las fracciones.

El 20 por 100 que imponía el presupuesto del Sr. Ardanaz ascendía a 9 millones de pesetas próximamente.

Después de sesión hubo ayer Consejo de Ministros.

No sabemos de qué se trataría.

Dícese que hoy se reúne la comisión de ley sobre procedimiento para elegir monarca.

Dícese que la reunión se celebra por iniciativa del Sr. Riquero.

Dícese que este ha hecho creer a muchos que se aproximan las soluciones.

Todas estas cosas que se dicen pueden ser ciertas: no respondemos de las dos primeras: de la tercera con toda seguridad.

La Política, picada de que se haga historia respecto a la familia de su ex-futuro rey, quiere también hacer historia, y dice:

«El Imparcial, que tanto se enfada con Luis Felipe porque trató de militar en pro de España cuando la guerra de la Independencia, y que por esto tira piedras a su hijo el duque de Montpensier, debería acordarse de que Carlos Alberto, abuelo del duque de Genova, cuya candidatura tan calurosamente defendió nuestro colega, fue soldado en el ejército francés que vino el año 23 a matar la libertad española. Sin duda esto será mejor»

Con motivo de haber asegurado La Correspondencia que a fin del próximo Junio quedarán niveladas las clases pasivas de provincias con las de Madrid, dice un colega:

«Si las esperanzas alimentarán a las clases pasivas, podría servirles de algún consuelo la noticia dada por La Correspondencia de que en todo el mes de Junio próximo quedarán niveladas en el percibo de sus haberes. Falta saber si es que a todas se las pondrá al corriente ó que se les deberá lo mismo a todos.»

¿Cuál de las dos cosas, Sr. Figuerola?

Parécenos que oímos contestar: «lo último».

Asegúrase que un elevado hombre político de la democracia opina terminantemente por la necesidad de abordar la cuestión de monarca por considerar peligrosa la interinidad y la regencia.

El gobierno está decidido, según se dice, a hacer que vengán a las Cortes la mayor parte de los diputados amigos suyos que están ausentes ó dejan a Madrid temporalmente para tratar de la solución definitiva que deban adoptar las Cortes antes de terminar la legislatura.

Que vengán ó que vayan, será lo mismo.

La academia de San Fernando ha nombrado tesoro de la misma en reemplazo de D. Anibal Alvarez, que falleció, al individuo de número el distinguido é ilustrado señor marqués de Monistral.

La comisión encargada del proyecto de ley sobre dotación del clero y relaciones de la Iglesia con el Estado, no ha vuelto a reunirse desde que se constituyó, por no tener preámbulos de dichos proyectos de ley.

Parece, según indica un colega, que el gobierno tiene perfecto conocimiento de los planes que habían concertado los carlistas, y se dice que algunas de las personas comprometidas se los han revelado a aquel, demostrándole cuán lastimosa es la situación en que se encuentran las huestes de D. Carlos.

Ayer tarde se reunieron diez y seis diputados republicanos contrarios a la declaración de la prensa y han redactado un manifiesto que publicarán dando una explicación dogmática de lo que entienden por federación, rechazando la calificación de separatistas que les han aplicado, demostrando que su aspiración es favorable a la unidad; pero fundada y sostenida por los pactos. Anoche recogieron las firmas de otros diputados.

Las Novedades desmienten las noticias de La Epoca sobre la reunión de la regencia de ayer, y dice lo siguiente:

«Con decir que no hubo tal almuerzo ni tal conferencia, queda todo desvanecido. El Sr. Topete almorzó con el regente, pero no el general Prim; este vió al regente por la mañana, pero no asistió a la entrevista el Sr. Topete.»

Ignoramos de qué hablaron estos tres personajes; pero no creemos que lo sepán mejor los noticieros de café.

De todos modos, nosotros confiamos demasiado en el patriotismo de los tres para creer que, conspirando contra sí mismos, se propongan dar un rato de placer a los moderados.

Nosotros, confiando en el patriotismo de estos tres señores, creemos sinceramente también que conspiran en favor de la restauración.

Dice La Correspondencia, tomándolo de El correo autógrafa, que apenas Napoleón tuvo conocimiento del resultado del plebiscito, le comunicó en una carta afectuosa a la reina Isabel.

Dice La Nación: «Al grito feroz de «viva Carlos VIII» ha sido asediado en Galvez, provincia de Toledo, el joven liberal Melchor Loba.»

Tan bárbaro crimen, cometido como otros muchos en nombre del más fanático é intrínseco de los partidos políticos, no necesita comentarios.

Tomamos de La Correspondencia lo siguiente:

«Se dice que D. Juan Prim, en la conferencia celebrada ayer con el regente y el Sr. Topete, se declaró decididamente espartarista. No es cierto. El general Prim, ayer, como siempre, dijo que su candidato será el de la mayoría de las Cortes. Por lo demás, de la cuestión de candidatos determinados se habló poco; pues la conversación versó especialmente sobre la situación general del país y de la política.»

El general Prim ha encontrado el medio de que por su parte continúe la interinidad, con su repetida frase de «yo a la cola de la mayoría», parodia de «Cúmplase la voluntad nacional».

Si la conversación versó también sobre lo que dice La Correspondencia, no sería por cierto muy satisfactoria; pues el estado del país no cabe más desgraciado, por más que la situación de los tres personajes aludidos sea hoy róspera y desahogada.

En los momentos que escribimos estas líneas deben estar reunidos los individuos de la mayoría (q. e. p. d.).

Parce que no bastando los recados, las papeletas de citación y otros medios análogos, se ha apelado hasta a las amenazas de que estamos acusados a un cataclismo.

La discusión promete ser viva, animada, y sobre todo, seria.

El primer punto será la cuestión de nombre. Como la revolución tiene algo de ateísmo, el señor Suñer y Capdevila, ó el Sr. Quintero, resolverían este punto, renegando de las aguas bautismales y dejando sin nombre a los radicales, ó poniéndoles cualquiera: calabazas, por ejemplo.

Sabido es que los paganos adoraban a las legumbres. La mayoría, que fué, no puede estar en situación más brillante. Baste decir que ni sabe cómo se llama, ni tiene nombre.

No deja de ser una noticia de gran interés la que ayer comunicamos a nuestros lectores: a saber, la subasta del ferro-carril de Granollers a San Juan de las Abadesas. Verificado el remate de esta vía férrea va a abrirse un manantial de riqueza para Cataluña, porque se explotarán en grande escala las minas de San Juan de las Abadesas, y el carbón de piedra lo adquirirán los fabricantes de Cataluña a un precio muy módico, quizás a menos de la mitad que cuesta el de Inglaterra. La navegación también ganará con la baratura de este combustible, y especialmente la marina de guerra, que en lo sucesivo no tendrá que depender de ninguna otra nación para el suministro de artículo tan importante.

## SECCION OFICIAL.

La Gaceta del miércoles publicó por el ministerio de Fomento el siguiente

## DECRETO.

Como regente del reino, conformándose con lo propuesto por el ministro de Fomento.

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Los exámenes ordinarios de asignaturas se verificarán en los establecimientos públicos de enseñanza desde 1.º de Junio, y desde 1.º de Septiembre.

Art. 2.º Habrá además exámenes extraordinarios en el mes de Febrero en los días que los rectores, oyendo a los decanos y directores, designen para los alumnos que hubieren sido suspensos en los anteriores, y para los que habiendo obtenido premio ó accésit lo soliciten. Durante la celebración de estos exámenes no se interrumpirán las clases.

Art. 3.º Así en las épocas determinadas en los artículos anteriores como en cualquiera otra del curso podrán examinarse los alumnos que lo pretendan de una ó de dos asignaturas a lo más, siempre que con ellas puedan optar a un grado ó reválida que produzca título profesional.

Art. 4.º Los exámenes serán públicos, y cada uno de los individuos de los jurados deberá preguntar durante el tiempo que sea necesario para cerciorarse de los conocimientos que posea el alumno.

Art. 5.º No habrá más censuras que las de *aprobado y suspenso*, tanto en los exámenes como en los grados.

Art. 6.º Los alumnos suspensos en cualquiera de las épocas de exámenes no podrán repetir estos hasta la siguiente, ni en el mismo ni en otro establecimiento.

Art. 7.º En los 15 días anteriores a los exámenes solicitará cada alumno en una hoja impresa, obtenida en la secretaría respectiva, los que desea sufrir; se pedirán las acordadas que fueren necesarias a los demás establecimientos, y se expedirán, en vista de las solicitudes, las papeletas de examen. Pasado aquel término, solo por causa plenamente justificada, y bajo su responsabilidad, autorizarán los rectores y directores la expedición de papeletas de examen.

Art. 8.º En cada asignatura se darán un premio y dos accésit, consistentes en diplomas, por cada 25 alumnos que fueren aprobados.

Art. 9.º Los premios y accésit de que trata el artículo anterior se adjudicarán mediante un ejercicio por escrito hecho con la debida vigilancia en el término de dos horas sobre un punto sacado a la suerte. Los opositores leerán sus trabajos ante el jurado.

Art. 10.º A las oposiciones para los premios extraordinarios establecidos en la legislación vigente podrán presentarse todos los alumnos aprobados en los ejercicios del grado respectivo.

Los ejercicios para estas oposiciones se harán también por escrito, pero en el término de cuatro horas.

Art. 11. Los escritos de los opositores a premios ordinarios y extraordinarios se unirán a los expedientes personales de los interesados una vez terminadas las oposiciones.

Art. 12. Los jurados de exámenes, así como los de oposición a premios en los establecimientos oficiales de enseñanza, se compondrán de tres jueces. Estos serán el profesor oficial de la asignatura; otro del establecimiento y de la misma facultad y sección que el primero, y una persona extraña al profesorado oficial, pero con el título correspondiente, nombrada por el claustro.

Para los alumnos libres cuyo profesor tenga el título respectivo y haya de formar parte del jurado, este se compondrá del catedrático oficial de la asignatura, del profesor libre y de la persona extraña, con título, que elija el claustro.

Art. 13. Una vez constituidos los jurados de exámenes y fijados los días, horas y locales en que hayan de verificarse los actos, los decanos de las facultades y los directores de los institutos y escuelas elevarán a la aprobación del rector los cuadros correspondientes antes de exponerlos al público.

Art. 14. Cuando hubiere varios jurados para la misma asignatura ó para la misma clase de ejercicios, el examinando podrá presentarse ante cualquiera de ellos.

Art. 15. El fallo de los jurados es inapelable.

Art. 16. Los derechos de exámenes y grados se distribuirán por partes iguales entre los jueces, correspondiendo parte doble a los decanos y directores.

Art. 17. La presidencia de los jurados correspondirá al juez que tenga superior categoría en la enseñanza oficial; en igualdad de categoría, al profesor más antiguo; y si no hubiese más profesor que el de la asignatura, le corresponderá la presidencia.

Art. 18. Para presentarse a examen basta acreditar haber satisfecho los derechos correspondientes, exhibiendo la papeleta a que se refiere el art. 7.º

Art. 19. El resultado de los exámenes se publicará en cuanto el secretario del jurado, que será el más joven de los jueces, haya extendido las actas correspondientes. Estas deberán ser dos: una para el público y otra para la secretaría del establecimiento.

Art. 20. Será requisito indispensable para ser admitido al examen de asignaturas de segunda enseñanza haber sido aprobado en instrucción primaria.

Art. 21. Los ejercicios del grado de bachiller en artes serán dos. Los que hayan estudiado el latín se examinarán en el primero de gramática castellana y latina, traducción, análisis y composición, retórica y demás asignaturas que corresponden a la facultad de filosofía y letras, y en el segundo de las que corresponden a la facultad de ciencias. Los que no hubiesen estudiado latín se examinarán en el primer ejercicio de las asignaturas de filosofía y letras, artes y derecho; y en el segundo de las que corresponden a la facultad de ciencias, incluyendo las nociones de agricultura, industria y comercio.

Art. 22. Estos ejercicios serán orales, y durarán el tiempo que el jurado creyese conveniente.

Art. 23. La calificación recerá sobre cada ejercicio separadamente.

Art. 24. Los exámenes de la facultad se harán en la forma establecida en los artículos anteriores.

Art. 25. Para ser admitido a los ejercicios de cualquier grado solo se exigirá que el aspirante tenga aprobados los del anterior y las asignaturas correspondientes al que solicita; pero no se expedirá título alguno sin que preceda el pago y expedición del título.

Art. 26. Los ejercicios para los grados en facultad se celebrarán en la forma que determina la legislación vigente, y podrán verificarse en cualquier época del año, excepto en los meses de Julio y Agosto.

Art. 27. Los establecimientos libres que reúnan las condiciones prescritas en el decreto de 14 de Enero y circular de 14 de Septiembre de 1859 verificarán los exámenes y grados con validez académica en la misma forma que los establecimientos oficiales, y con sujeción a las disposiciones 4.ª y 5.ª de la referida circular.

Art. 28. La rehabilitación para la validez oficial de los grados y títulos conferidos por los establecimientos a que se refiere el artículo anterior podrá obtenerse enviando el rector del distrito respectivo a los que lo soliciten una comisión de profesores oficiales que formarán jurado con un catedrático del establecimiento libre que tenga el título correspondiente, y en su defecto con una persona que lo posea, designada por el jefe de aquel. Dicha comisión se compondrá de dos catedráticos de Instituto oficial, uno de la sección de filosofía y letras y otro de la de ciencias, cuando la rehabilitación se refiera al título de bachiller en artes; y de dos catedráticos de Universidad oficial y de la facultad respectiva cuando los títulos de que se tratan sean de esta clase.

Art. 29. Verificados los ejercicios para la rehabilitación, se remitirán con el acta de los mismos los títulos correspondientes al establecimiento oficial respectivo para extender en ellos la diligencia que previene el art. 5.º del decreto de 28 de Septiembre pasado.

Art. 30. Dicha rehabilitación se hará sin pago de nuevos derechos de título, siempre que la tarifa de estos en el establecimiento libre de que se trate no sea menor que la de los oficiales. Cuando lo sea, los aspirantes abonarán la diferencia en papel de reintegro, y esto se hará constar en la diligencia de rehabilitación.

Art. 31. Los establecimientos libres que no reúnan las condiciones a que se refiere el art. 27 de este decreto verificarán los exámenes y grados para que tengan validez académica ante jurados constituidos de la manera que se expresa en el art. 28.

Art. 32. La rehabilitación para la validez oficial de los grados y títulos que conferen los establecimientos a que se refiere el artículo precedente, podrá obtenerse ante los jurados que en el mismo se mencionan, observándose lo dispuesto en los artículos 29 y 30 de este decreto.

Art. 33. Cuando los establecimientos libres no hagan uso de las facultades que les conceden los anteriores artículos, la rehabilitación de títulos para efectos oficiales se verificará como se determina en el decreto de 28 de Septiembre de 1859.

Art. 34. Los rectores de las universidades oficiales nombrarán comisiones de exámenes para los colegios privados que se hallen en población donde no exista Instituto oficial, siempre que sus directores lo soliciten, y con sujeción a lo dispuesto en el art. 226 del reglamento de segunda enseñanza de 22 de Mayo de 1859; que también es aplicable a las comisiones que vayan a los establecimientos libres.

Art. 35. Quedan derogadas las disposiciones que se opongan al cumplimiento del presente decreto.

Dado en Madrid a seis de Mayo de mil ochocientos setenta.—Francisco Serrano.—El ministro de Fomento, José Echegaray.

La Gaceta de ayer publica un decreto del ministerio de la Gobernación, convocando de nuevo los colegios electorales de la circunscripción de Vich, para que procedan a la elección parcial de un diputado a Cortes, dando principio el 2 de Junio próximo.

## REVISTA DE LA PRENSA.

Los diarios unionistas siguen atacando a la situación que tanto han contribuido a crear y con la cual solo han conseguido desacreditar cada día más a candidato Montpensier y acabar con los últimos restos de crédito de que disfrutaba esta fracción, si es que alguno puede haber alcanzado alguna vez un grupo de hombres tan soberbios como desecados.

El País hace de la revolución, tal cual hoy se encuentra, la siguiente pintura, que podrán ver nuestros lectores en los párrafos que copiamos a continuación tomados de su parte editorial:

«Tres partidos, ó más bien, tres ramas del gran partido liberal, hasta entonces separadas, contribuyeron a la revolución de Setiembre. Usted creará probablemente que para llevar a cabo esta empresa se pusieron de acuerdo, se concertaron, formularon su programa, pactaron, por decirlo así, lo que debían hacer; pues se equivocará V. de lo lindo si tal piensa. Ahora resulta que nada de esto hicieron y que se lanzaron a correr aventuras por esos mundos de Dios, a salga lo que saliere, como D. Quijote de la Mancha.»

Pero hace cerca de dos años que están pensando en edificar, y hasta ahora ni siquiera han trazado el plano. Todo se les vuelve tirar líneas por acá y por allá, buscar lo imposible y abandonar lo fácil, intentar lo absurdo y rechazar lo lógico, y disputar con encarnizada violencia sobre si el edificio que quieren construir se debe empezar por el cimiento ó por el tejado.

Ya sabrá V. que hicimos una Constitución democrática, hija de una transacción patriótica, digna de eterna los y aplausos; pero lo que V. ignorará es que esa Constitución, aunque parece que rige, no rige, y aunque hemos dado en decir que se observa, no se observa, ni en poco ni en mucho. Creamos en ella la monarquía, y en efecto, la monarquía no asoma por ningún resquicio; establecimos dos Cámaras, y no tenemos más que una donde, a Dios gracias, no nos entendemos; consignamos el principio de la inamovilidad judicial y todos los días anda la magistratura dando más vueltas que una peonza por las impasibles columnas de la Gaceta; hicimos, por último, una sabia división de los poderes públicos, a consecuencia de lo cual están todos más revueltos y confundidos y barajados que nunca.

No sé si tiene V. noticia de que en la memorable noche de San José se rompió imprudentemente la conciliación de los partidos revolucionarios, y que la unión liberal se marchó por donde le pareció mejor y más en armonía con sus deseos. Pero si V. sabe esto, de fijo ignora que desde aquel momento precisamente, los radicales que componen la mayoría están metiendo al gobierno en un atolladero diario, y los unionistas, que son la oposición, sacándole de los malos pasos en que colocan al poder sus propios defensores.

También es oportuno que V. sepa que a consecuencia de la ruptura de los elementos revolucionarios, las dos fracciones que se quedaron al lado del ministerio para darle, como buenos amigos, un disgusto por hora, estrecharon tan perfectamente sus vínculos fraternales, que desde entonces no pasa día sin que se arañen y despedacen en público y en secreto, para mayor honra y gloria de la revolución; y sobre si han de llamarse progresistas, ó cimbrios, ó radicales, ó cimbrios-progresistas, ó progresista-cimbrios, ó monárquico-demócratas, ó demócrata-monárquicos, arman cada tormenta que hacen temblar al Olimpo de la situación, sin que el mismo Júpiter Tonante logre la mayor parte de las veces aplacar sus tumultuosas iras.

Y sobre si los cimbrios son pocos y quieren muchos destinos, y los progresistas son infinitos y están desatendidos; sobre si tal ó cual ministro se estrella con los de tal ó cual fracción, porque obedece a las sugestiones de la contraria, decimos mal, de la amiga, con quien anda a la greña, se oyen quejas y lamentaciones tales, que no hay corazón, por empederado que esté, donde no hagan mella y esciten la compasión más viva.

Pero, eso sí, unos y otros están muy unidos, y quieren con delirio al gobierno presidido por el general Prim, a quien han derrotado diez veces por lo menos, y no muchas más, gracias a la pícaría unión liberal, que con esa mala intención que la distingue se les ha atravesado en el camino, y van juntos a una solución clara, concreta y precisa, que no saben cuál es, y se proponen coronar el edificio revolucionario dentro de breves días con lo que puedan, si pueden con algo, que no están seguros de salir de este *im-broglio* antes de Junio, y tienen ánimo de crear una situación robusta como una montaña de granito sobre la base insegura de sus constantes y caprichosas negociaciones, etc., etc., etc. ¿Qué más se puede decir?

También sabrá V. que nuestras Cortes recibieron del sufragio universal la misión de constituir el país eligiendo rey; pero lo que V. ignorará probablemente es que existe en España una agrupación, un cuerpo, una tertulia venerable y digna de respeto, aunque sin carácter alguno oficial, que quiere tener el derecho de designación, y que le ejerce con grau contentamiento de todo el mundo. De manera que casi sería conveniente, en vista de las grandes atribuciones, preeminencias y facultades de que la referida tertulia goza, que las Cortes la declararan institución sagrada del Estado, y reconocieran el derecho de su intervención, puesto que admiten pacientemente el hecho; podía ser ese Senado que nuestro Código fundamental establece y no hemos constituido todavía, ó un Supremo Consejo de España, ó gran concilio de finidor de la fe revolucionaria, ó alguna cosa así que respondiese a la grandeza de su representación política y de su importancia tradicional. Esto sería nuevo, insolito, fantástico, si V. quiere, porque no se explica bien y menos dentro de la doctrina democrática, que el gobierno residiera, hasta cierto punto, fuera de las Cortes y en el seno de una agrupación reunida quizá por el acaso, a donde ministros y diputados vayan a exponer sus planes y a solicitar la venia para realizarlos; pero por lo mismo que tiene algo de maravilloso, de exótico y de original, como V. comprenderá muy bien, se presta al romanticismo de nuestro carácter aventurero y merece ser tomado seriamente en cuenta.

En resumen, y para concluir, diré a V. que estamos mejor que queremos con una Constitución promulgada y que no rige; con un regente que no es regente; con un gobierno que no gobierna; con unas Cortes que no se entienden; con una mayoría parlamentaria que no puede ponerse de acuerdo más que en la apariencia y que derrota a su amado ministerio inamovible lo menos dos veces por semana; con una oposición constitucional que tiene que amparar al gabinete contra el *carrito* de sus propios defensores; con unos republicanos que han estado llamándose federales y unitarios sin haber estado en la cuenta hasta ahora de lo que querían decir estos *apellidos políticos*; con un país cansado; con una situación sin salida; con unos partidos ciegos; con una Tertulia que hace reyes y príncipes de Asturias a gusto de los consumidores; con una oscuridad cada vez más profunda;

con una confusión, en fin, cada vez más intensa...

Es posible que V. no comprenda lo que le decimos; pero consuélese V. nosotros tampoco y el país, menos.

¿Qué nos ha conducido a este estado? Discúrralo usted y se lo dirán los hechos.

«Para qué? Interrogo V. al tiempo, que es el único de quien puede V. esperar la aclaración de esta política pentacrística y laberíntica: Nosotros nada más sabemos y nada más podemos añadir, aunque nos dá en las narices al tallito de la restauración que taimadamente se va acercando.»

Veamos cómo explica La Regeneración el laberinto de Creta, en que se han metido los setembrinos, y el remedio heroico que propone para cortar el mal de raíz:

«Lo dijimos hace tiempo, y hoy lo repetimos con mayor convicción si cabe, la vida trabajos y raquítica, pero vida al cabo, que goza la revolución de Setiembre, la debe a la interinidad que mantiene las esperanzas de cada uno.»

Deséle una solución cualquiera, ó lo que es lo mismo, adjudíquese la situación a una de las banderías que se coaligaron para hacer la revolución, y desde el día siguiente empezará entre todas ellas una lucha a muerte, que precipitará los instantes que a aquellas la quedan de existencia. *Billig hat Meissonnier ein T. baurig*. Esto es evidente. Se necesita estar ciego por la pasión de partido para no verle claro.

Y sin embargo, todos los revolucionarios claman contra la interinidad, y muestran el mayor afán por que cese. Tienen la manía del suicidio.

¡Ojalá llegasen esos señores a lo que ellos llaman el «coronamiento de la obra revolucionaria!» Pronto se destruirían unos a otros y España saldría de penas.

Por desgracia cada día se hace más difícil llegar a una solución cualquiera, y cada día se enmaraña más y más la madeja.

En estos últimos se ha reanimado la impaciencia de los padres y padrinos de la setembrina; y después de algunos meses de silencio y espera, vuelve a oírse aquel guirigay que ya en otra ocasión puso a las Constituyentes en grave peligro.

Montpensier no quiere esperar más: pide el cumplimiento de lo ofrecido y el pago de los sacrificios hechos por él para derribar del trono a su hermana; amenaza con marcharse de España y cantar claro.

Los republicanos federales entran en cuentas consigo mismos, y comprenden al fin que hasta ahora no han brillado por la virtud de la prudencia. Tal vez ya tarde quieren hacerse cautos; se acomodan con los unitarios y publican un manifiesto conciliador y con pretensiones de tranquilizador; si bien este paso, dado sin el acuerdo general, levanta un cisco entre los de la familia que promete ser fecundo en resultados.

El desaucho de Montpensier reverdece la esperanza de los espartaristas, y llueven ex posiciones de encargo pidiéndole por rey, y se cuenta el número de diputados que le son favorables, y se canta la victoria, ó poco menos.

Tropieza, sin embargo, esta candidatura con varios obstáculos, y entre ellos el de que el general Prim no mira con buenos ojos al parecer; y por esto, y sacudiendo a la vez el encuentro de los que ven en el duque de la Victoria el inconveniente de no tener sucesión, y no ser por consiguiente a propósito para dar una solución definitiva, sino temporal, a la revolución, algunos ingeniosos echan a volar la especie de coronar al duque de la Victoria, y declarar sucesor suyo al marqués de los Castillejos: Espartero rey, Prim príncipe de Asturias.

Este remate nos parecería bastante digno de la revolución de Setiembre: la verdad en su lugar.

Pero no paran aquí las candidaturas.

La de D. Fernando de Portugal, no obstante la ballarina, y a pesar del mico de marras, vuelve a tener patrocinadores, y, según algunos, a estar sobre el tapete. No falta quien lo atribuya al pobre D. Salustiano; pero en estos momentos es cosa corriente atribuirlo todo al embajador de París, que es la *mano oculta* del día.

Aparte de estas combinaciones, están las de la regencia con atribuciones, ora desempeñada por el general Serrano, ora por el general Prim, ora por los asociados de un tercero. La interinidad por algún tiempo, hay quien dice que por un año, y después, ¿quién lo creyera! el entronizamiento de D. Alfonso de Borbon y Borbon, con regencia de Montpensier ó de otro.

Resúmen.—Montpensier, Espartero, Prim, D. Fernando de Portugal, la República, la regencia única de Serrano, la regencia única de Prim, la regencia trina, la restauración de la dinastía caída: el *et cetera*.

Si la revolución no logra consolidarse, no se dirá que es por falta de soluciones o que escogen.

Pero está el negro daño en que a Montpensier no le quieren más que los de la unión liberal, y no todos ellos con igual ardor; que a Espartero solo le llaman los santones del progreso; que el principado de Asturias para Prim no pasa de ser una jocosidad liberal; que D. Fernando de Portugal tiene el buen gusto de no querer nada con los españoles, y los españoles el de no desear verle siquiera; que la república unitaria ó federal goza el privilegio de asustar a todo el que tiene algo que perder, con excepción de unos cuantos utopistas y no pocos tontos; que la regencia nominal no es solución.

Diez y nueve meses de contiendas sobre un punto tan grave como es el *coronamiento del edificio*, es una temporada capaz de volver locos a los hombres de más sano juicio. ¿Qué no hará, pues, con los que nunca le tuvieron?

La situación se parece al patio de la venta, en que don Quijote, Sancho Panza, el barbero, los cuadrilleros, el ventero y demás, gritaban y gesticulaban todos a la vez, recordando de una manera grotesca el campo de Agramonte.

¿Cómo hallar la salida en tan intrincado laberinto?

No la tiene.

Para dar libertad a los que en él están encerrados, y que cese la horrible gritería que arman ensordeciendo y asustando a España, solo hay un medio: arrasar el laberinto y barrer sus escombros y hedoras.

De un artículo en que El Tiempo juzga a los hombres de la revolución



